

Homilías Domingo 28 (Ciclo B)

+ Lectura del Santo Evangelio según San Marcos.

En aquel tiempo, cuando salía Jesús al camino, se le acercó uno corriendo, se arrodilló y le preguntó:

- Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?

Jesús le contestó:

- ¿Por qué me llamas bueno? No hay nadie bueno más que Dios.

Ya sabes los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no estafarás, honra a tu padre y a tu madre.

Él replicó:

- Maestro, todo eso lo he cumplido desde pequeño.

Jesús se le quedó mirando con cariño y le dijo:

- Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dale el dinero a los pobres -así tendrás un tesoro en el cielo-, y luego sígueme.

A estas palabras, él frunció el ceño y se marchó pesaroso, porque era muy rico.

Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos:

- ¡Qué difícil les va a ser a los ricos entrar en el Reino de Dios!

Los discípulos se extrañaron de estas palabras.

Jesús añadió:

- Hijos, ¡qué difícil les es entrar en el Reino de Dios a los que ponen su confianza en el dinero! Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el Reino de Dios.

Ellos se espantaron y comentaban:

- Entonces, ¿quién puede salvarse?

Jesús se les quedó mirando y le dijo:

- Es imposible para los hombres, no para Dios. Dios lo puede todo.

Palabra del Señor.

Homilías

El joven que frunció el ceño

El chico parecía bueno. Pero tenía tres defectos:

Era demasiado rico.

No había descubierto la Buena Noticia.

Y era demasiado pegado a la ley. Todo lo solucionaba con la ley.

Aún siendo muy ricos, siempre nos “falta algo”.
Aún siendo muy buenos, siempre nos “falta algo”.
Aún cumpliendo la ley, siempre nos “falta algo”.

Y es eso que “nos falta”, lo que puede hacer luego inútiles todos nuestros sueños.

Es eso que “nos falta” lo que impide nuestro crecimiento como personas.

Es eso que “nos falta” lo que nos impide amar de verdad a los hermanos.

Es eso que “nos falta” lo que nos impide crear la verdadera comunidad humana.

Es eso que “nos falta” lo que nos impide crecer en nuestro bautismo.

Perdón, ¿era lo que “le faltaba” o era lo que “le sobraba”?

Con frecuencia no es lo que nos falta sino lo que nos sobra lo que nos detiene en el camino.

Nos sobra el dinero. Y eso es lo que nos estorba porque queremos nos sobre más.

Nos sobra el tiempo. Y eso es lo que nos impide tener tiempo para otras cosas.

Nos sobra la seguridad. Para arriesgarnos a lo inseguro.

Nos sobra la ciencia. Por eso no le deja espacio a la fe.

Nos sobra la protección paterna. Por eso no decidimos arriesgarnos solos.

Hay muchos sueños que se mueren al despertarse.

Hay muchas ilusiones que se apagan por falta de riego.

Hay muchas esperanzas que se mueren al nacer.

Hay muchas posibilidades que se hacen imposibles.

La vida es un constante “éxodo”.

Es el “éxodo” de lo que tenemos.

Es el “éxodo” de lo que creemos ser.

Es el “éxodo” de nuestros planes y proyectos.

Es el “éxodo” de nuestro situarnos en el ayer.

Es el “éxodo” de nuestros criterios y mentalidades.
Es el “éxodo” de nuestros intereses personales.

Y la vida no es quedarnos donde estamos.
Ni es quedarnos en lo que somos.
Ni es quedarnos con el Dios de nuestras ideas.
Ni es quedarnos con lo que siempre fue.

La vida es una constante invitación a “salir de nuestra tierra”.
“Salir de nuestra tierra” a la búsqueda de otras nuevas.
“Salir de nuestra tierra” a correr la nueva aventura.
“Salir de nuestra tierra” arrancados de ella por “una llamada”.

El chico era bueno. No hay que quitarle méritos.
“Desde pequeño lo cumplía todo”.
Pero le faltaba la llamada a la vida.
Le faltaba la llamada a la aventura de lo desconocido.
Le faltaba conocer que siempre hay algo nuevo y distinto.
Le faltaba conocer el ideal de la Buena Noticia de Dios.
Le faltaba conocer el ideal del Reino.
Le faltaba conocer que había “un tesoro escondido”.
Le faltaba conocer que había “una perla más preciosa”.

Y que para conseguirlo había que venderlo todo, dejarlo todo.
Y que para comprarla había que sentir no la “tristeza del dejar”.
Sino sentir en su corazón “la alegría de venderlo todo”.

El Evangelio no es invitación a dejarlo todo.
El Evangelio es invitación a seguir “con las alforjas vacías”.
El Evangelio es invitación a seguir “ligeros de peso para el camino”.
No se escalan las montañas llevándonos nuestra casa a cuestas.
A lo más una ligera tienda de campaña.
No se logran los records mundiales con traje de etiqueta.
No es renunciar. Es hacer más posible el éxito.
No es dejar. Es soñar con lo que vamos a encontrar.

Puede que la vida te asuste. No le des las espaldas.

Puede que el riesgo te asuste. No le des las espaldas.
Puede que el futuro te asuste. No le des las espaldas.
Porque cada día sentirás más miedo.
Y cada día te quedarás más solo contigo mismo

(B)

Un taxista contaba en un programa de TV: "Yo conozco si el viajero que ha montado en mi taxi está bien o mal de dinero sólo con oír su voz". ¿Y cómo se las arregla?, le pregunta el presentador. "Es que la gente a quien las cosas le van mal, los que están parados o en peligro de estarlo, hablan con voz apagada, cansina. Llevan la tristeza o el paro en la voz. En cambio, aquellos a quienes les funciona bien el bolsillo tienen la voz firme y alegre, y miran sin temores la vida".

Yo cuando lo oí quedé pensativo. ¿Es cierto que el dinero preocupe hasta tal punto a los hombres y a las mujeres que nos condicione hasta el tono de voz?

La cosa se complicó cuando días después, leía yo un delicioso libro (El reto de la confianza, de Carlos Moreno) en el que cuenta que algo parecido le ocurrió a él. Cruzaba un día un semáforo riendo y feliz al recordar qué buenos chavales eran sus hijos, cuando un taxista detenido ante el semáforo le soltó: "Bien van los negocios", ¿eh amigo?" Carlos no entendió y preguntó al taxista qué quería decir: "Que las cosas del bolsillo le deben ir a usted bien, cuando se ríe". Cuando el taxi arrancó, Carlos se quedó pensando que en realidad las estaba pasando canutas en lo económico. Y que el único negocio que en realidad le iba bien eran sus hijos, su negocio, su mejor negocio.

Lo tremendo de la historieta es que la gente piense que la única razón por la que uno puede reírse es que funcione bien la cartera. ¡Como si no hubiera en la vida mil razones mejores y más altas para reírse!. Pero, por lo visto, para la gente de hoy la única alegría sería es que a uno le toque la lotería, le suban el sueldo o funcionen los negocios.

¿Y todos los otros negocios? Que la gente te quiera, que uno esté haciendo un trabajo que le gusta, que uno se sienta en gracia y en paz con Dios, que los hijos crezcan sanos, que estés haciendo algo

que sirve y ayuda a los demás, que a uno le zumbe en la cabeza esa música que tanto le gusta, haber leído un libro estupendo, ir a ver a un amigo, haber dormido bien, que te haya florecido una planta, que haga sol, cosas como éstas y cien mil más, al parecer, no serían motivos suficientes para ir riéndose por la calle.

¡Qué poco se ríe la gente por las calles! Caminamos todos como si acabásemos de tragarnos una espada, serios, solemnes, aburridos, como si la vida se nos hubiera indigestado.

Escatimamos la sonrisa como si fuese carísima. Y si alguien se ríe por la calle pensamos que está un poco "majara".

Si el mundo rebañase lo que chorrea por las caras de los transeúntes por las calles podría poner una tienda de vinagre...

Todos estamos perfectamente reflejados en la figura del joven rico del evangelio...

Jesús, después de mirarnos con cariño, nos dice: "una cosa te falta" o "una cosa te sobra"... El apego al dinero, a lo material...

Ese apego te está empobreciendo, te está quitando libertad y generosidad... El dinero te impide escuchar a Dios y a los hermanos, y de ese modo te impide vivir una vida más plena y más humana.

Quizá la experiencia de la vida, nos puede ayudar en este terreno.

La experiencia nos dice que la vida de las personas -nuestra propia vida- está llena de alegrías, ilusiones, proyectos, pero también está llena de tristezas, desilusiones y fracasos.

Al llegar a cierta edad hemos comprobado y experimentado lo que las cosas (tras de las cuales hemos corrido durante años) pueden dar de sí y hemos llegado a comprender que nada en esta vida es definitivo y que muy pocas cosas calman y satisfacen las ansias de nuestro corazón...

Sólo las cosas del espíritu son capaces de llenarnos: la amistad, el amor, la fe, la familia...etc. Es decir, lo que no tiene nada que ver con lo material, con el dinero...

Jesús, hoy, en la figura del joven rico, nos invita a ordenar nuestra escala de valores. Un hombre o una mujer se define a sí mismo por el tipo de valores que maneja. Dad una lista: dinero, éxito, triunfo social, amor humano, fe, trabajo, amistad. Pedidle después que ponga en orden estas palabras según el aprecio que tiene de

ellas y según el tiempo y el esfuerzo que dedica a cada una de ellas, y sabréis qué tipo de hombre o de mujer tenéis delante...

(C)

El cambio fundamental al que nos llama Jesús es muy claro. Decidirse a dejar de ser un hombre egoísta que ve a los demás en función de sus propios intereses para atreverse a iniciar una vida fraterna en la que uno se ve a sí mismo en función de los demás.

Por eso, a un hombre rico que observa fielmente todos los preceptos de la ley, pero que vive encerrado en sus propias riquezas, le falta algo esencial para ser su discípulo: compartir lo que tiene con los desposeídos.

Hay algo muy claro en el evangelio de Jesús: La vida no se nos ha dado para hacer dinero, para tener éxito o para lograr un bienestar personal, sino para hacernos hermanos.

Si nosotros pudiéramos ver el proyecto de Dios con la transparencia con que lo veía Jesús y comprender con una sola mirada el fondo último de la existencia, nos daríamos cuenta de que lo único importante es crear fraternidad.

El amor fraterno que nos lleva a compartir lo nuestro con los necesitados es "la única fuerza de crecimiento", lo único que hace avanzar decisivamente a la humanidad hacia su salvación.

El hombre más logrado no es, como se piensa, aquél que consigue acumular mayor cantidad de dinero, sino quien sabe convivir mejor y de manera más fraternal.

Por eso, cuando un hombre renuncia poco a poco a la fraternidad y se va encerrando en sus propias riquezas e intereses, sin resolver el problema del amor, termina fracasando como hombre.

Y aunque viva observando fielmente unas normas de conducta ética, al encontrarse con el evangelio, descubrirá que en su vida no hay verdadera alegría. Y se alejará del mensaje de Jesús con la misma tristeza que aquel hombre que «se marchó triste porque era muy rico».

Los cristianos somos capaces de instalarnos cómodamente en nuestra religión, sin reaccionar ante la llamada del evangelio y sin despertar ningún cambio fundamental en nuestra vida.

Hemos convertido nuestro cristianismo en algo poco exigente. Hemos «rebajado» el evangelio acomodándolo a nuestros intereses. Pero ya esa religión no puede ser fuente de alegría. Nos deja tristes y sin consuelo verdadero.

Ante el evangelio, hemos de preguntarnos sinceramente si nuestra manera de vivir, de ganar y de gastar el dinero es la propia de quien sabe compartir o la de quien busca sólo acumular. Si no sabemos dar lo nuestro al necesitado, algo esencial nos falta para vivir con alegría cristiana.

(D)

Tener dinero

Estamos ya tan habituados que no nos resulta fácil ser conscientes del cinismo y la mentira que impregnan algunos ámbitos de la sociedad actual.

Teóricamente se sigue dando primacía a los valores del espíritu. Por todas partes se proclaman los grandes ideales de justicia, libertad, solidaridad. En cualquier momento se pueden escuchar discursos revestidos de nobles propósitos.

Pero son pocos los que se atreven a confesar que lo verdaderamente importante y decisivo en la vida de muchas personas es casi siempre "ganar dinero".

A la hora de la verdad es el dinero el que motiva, mueve y obsesiona con más fuerza a muchos hombres y mujeres de hoy.

Por otra parte, en esto apenas crea grandes diferencias entre las personas el posicionamiento político o ideológico de cada uno. El dinero se apodera del corazón del hombre, sea éste de derechas o de izquierdas, adopte una postura integrista o defienda tesis progresistas.

No es difícil ver dónde radica ese poder fascinador del dinero, auténtico "fetiche" de la sociedad contemporánea.

El dinero, en primer lugar, permite comprar y poseer toda clase de cosas que nos parecen hoy indispensables para "estar bien". Sin dinero no hay cosas y sin cosas nos parece imposible ser felices.

Por otra parte, el dinero hábilmente utilizado, da poder y prestigio. Proporciona un "status" social aun a costa de falsearlo todo. Ya dice un personaje de Shakespeare que "el dinero hace blanco lo negro, hermoso lo feo, justo lo injusto, noble lo ruin, joven lo viejo, valiente lo cobarde".

Es todo un espectáculo observar a las personas presentando de manera infantil sus "símbolos de prestigio": "¿Has visto mi último modelo?" "¿Quieres visitar el apartamento que acabamos de comprar?". "Es un producto que todavía no lo podrás encontrar aquí".

Ha llegado el momento en que casi todo parece que ha de ser estimado por su valor de cambio. Hablamos de "un piso de cuarenta millones", "un viaje de un millón de pesetas", como si lo importante de un piso, un viaje fuera el dinero que nos ha costado.

Pero, ¿a qué queda reducida nuestra vida si el dinero se convierte en medida de todas las cosas y razón casi única de nuestra existencia?

Las palabras de Jesús no han perdido nada de su fuerza: ¡Qué difícil les va a ser a los ricos entrar en el Reino de Dios!. Qué difícil es vivir en la verdad, descubrir el valor último de la existencia y abrirse a Dios cuando se tiene el corazón poseído por el dinero.

(E)

UN VACÍO EXTRAÑO

Vivimos en la «cultura del tener». Esto es lo que se afirma de diversas maneras en casi todos los estudios que analizan la sociedad occidental. Poco a poco el estilo de vida del hombre contemporáneo se va orientando hacia el tener, acaparar y poseer. Para muchos es la única tarea rentable y sensata. Todo lo demás viene después.

Ciertamente ganar dinero, poder comprar cosas y poseer toda clase de bienes produce bienestar. La persona se siente más segura, más importante, con mayor poder y prestigio. Pero cuando la vida se orienta sólo en la dirección del acaparar siempre más y más, la persona puede terminar arruinando su ser.

El tener no basta, no sostiene al individuo, no le hace crecer. Sin darse cuenta, la persona va introduciendo cada vez más necesidades artificiales en su vida. Poco a poco va olvidando lo esencial. Se rodea de objetos, pero se incapacita para la relación viva con las personas. Se preocupa de muchas cosas pero no cuida lo importante. Pretende responder a sus deseos más hondos satisfaciendo necesidades periféricas. Vive en el bienestar pero no se siente bien.

Éste es precisamente uno de los fenómenos más paradójicos en la sociedad actual: el número de personas «satisfechas» que terminan cayendo en la frustración y el vacío existencial. Desde su amplia y reconocida labor psicoterapeuta, Viktor Frankl ha mostrado la razón última de este «vacío existencial». Cogidas por el bienestar, estas personas olvidan que, para desplegar su ser, el individuo necesita salir de sí mismo, servir a una causa, entregarse, amar a alguien, compartir. Sin esta «autotrascendencia» no hay verdadera felicidad.

De este vacío no libera ni la religión cuando también ella se convierte en objeto de consumo. La persona «tiene» entonces una religión, pero su corazón está lejos de Dios; posee un catálogo de verdades que confiesa con los labios pero no se abre a la verdad de Dios. Trata de acumular méritos pero no crece en capacidad de amar.

Es significativa la escena evangélica. Un rico se acerca a Jesús. No le pregunta por esta vida pues la tiene asegurada. Lo que quiere es que la religión le asegure la vida eterna. Jesús le habla claro: **«Una cosa te falta: liberarte de tus bienes y aprender a compartir con los necesitados».**

(F)

UN DINERO QUE NO ES NUESTRO

En nuestras iglesias se pide dinero para los necesitados, pero ya apenas expone hoy nadie la doctrina cristiana que sobre el dinero predicaron con fuerza teólogos y predicadores como S. Ambrosio de Tréveris, S. Agustín de Hipona o S. Bernardo de Claraval.

Una pregunta aparece constantemente en sus labios. Si todos somos hermanos y la tierra es un regalo de Dios a toda la humanidad, ¿con qué derecho podemos seguir acaparando lo que no necesitamos, si con ello estamos privando a otros de lo que necesitan para vivir? ¿No hay que afirmar más bien que lo que le sobra al rico pertenece al pobre?

No hemos de olvidar que poseer algo siempre significa excluir de aquello a los demás. Con la «propiedad privada estamos siempre "privando a otros de aquello que nosotros disfrutamos".

Por eso, cuando damos algo nuestro a los pobres, tal vez estamos en realidad, restituyendo lo que no nos corresponde totalmente. Escuchemos estas palabras de S. Ambrosio: *«No le das al pobre de lo tuyo, sino que le devuelves lo suyo. Pues lo que es común es de todos, no sólo de los ricos... Pagas, pues, una deuda; no das gratuitamente lo que no debes».*

Naturalmente, todo esto puede parecer idealismo ingenuo e inútil. Las leyes protegen de manera inflexible la propiedad privada de los grandes potentados aunque dentro de la sociedad haya pobres que viven en la miseria. S. Bernardo reaccionaba así en su tiempo: *«Continuamente se citan leyes en nuestros palacios; pero son leyes de Justiniano, no del Señor».*

No nos ha de extrañar que Jesús, al encontrarse con un hombre rico que ha cumplido desde niño todos los mandamientos, le diga que todavía le falta una cosa para adoptar una postura auténtica de seguimiento a El: **dejar de acaparar y comenzar a compartir lo que tiene con los necesitados.**

El rico se alejó de Jesús lleno de tristeza. El dinero lo ha empobrecido, le ha quitado libertad y generosidad. El dinero le impide escuchar la llamada de Dios a una vida más plena y más humana.

«Qué difícil les va a ser a los ricos entrar en el Reino de Dios». No es una suerte tener dinero sino un verdadero problema.

Pues el dinero nos cierra el paso y nos impide seguir el verdadero camino hacia la vida.

(G)

ENFERMEDAD MAL DIAGNOSTICADA

La "enfermedad del dinero" es una enfermedad silenciosa cuyos síntomas se manifiestan sobre todo en el interior de la persona, pero puede llegar a arruinar la alegría de vivir, el descanso y hasta la salud.

Aunque casi nunca se quiere admitir así, es una enfermedad mental que pone de manifiesto un desarreglo interior de la persona. Una falta de equilibrio que consiste en equivocarse los intereses vitales y los objetivos orientadores de la vida.

Esta enfermedad se va agravando en la medida en que la persona va poniendo como objetivo supremo de su vida el dinero y lo que el dinero puede dar. Sin darse cuenta él mismo, el enfermo termina por reducir su existencia a ser reconocido y admirado por su dinero, por la posición social que ocupa, por los coches que posee o por el nivel de vida que se puede permitir.

Entonces el dinero se convierte en lo más importante de la vida. Algo que se antepone a la ética, al descanso, a la amistad y al amor. Y la vida termina por arruinarse en la insatisfacción constante, la competitividad y la necesidad de ganar siempre más.

Si la persona no sabe detenerse, poco a poco irá cediendo a pequeñas injusticias, luego a mayores. Lo que importa es ganar a toda costa. Llega un momento en que el corazón se endurece y la codicia se va apoderando de la persona corrompiéndolo todo, aunque casi siempre permanezca disimulada bajo apariencias respetables.

El remedio no consiste en despreciar el dinero sino en saber darle su verdadero valor. El dinero que se gana con un trabajo honrado es bueno. Es necesario para vivir. Pero se convierte en nocivo cuando domina nuestra vida y nos empuja a tener siempre más y más, sólo por poseer y conseguir lo que otros no pueden.

Cuando esto sucede, fácilmente se cae en el vacío interior, el trato duro con los demás, la nostalgia de un pasado en el que, con

menos dinero, se era más feliz o el temor a un futuro que, a pesar de todas las seguridades, parece siempre amenazador.

La manera sana de vivir el dinero es ganarlo de manera limpia, utilizarlo con inteligencia, hacerlo fructificar con justicia y saber compartirlo con los más necesitados.

Se entienden las palabras de Jesús al rico. Aquel hombre tiene dinero, pero, al mismo tiempo, quiere vivir una vida digna. Jesús le dice que le falta una cosa: dejar de vivir acaparando, y comenzar a compartir lo que tiene con los necesitados.

Aquel hombre **"frunció el ceño y se marchó pesaroso porque era muy rico"**. Está demasiado enfermo. El dinero le ha quitado libertad para iniciar una vida más plena. En contra de lo que solemos pensar, tener mucho dinero no es una suerte sino un problema, pues fácilmente cierra el paso a una vida más humana.

P. Juan Jáuregui Castelo